

Estela es una mujer sin pasado. Un árbol al que se le caen las manzanas y se pudren en el suelo. Estela es la palabra no dicha, lo que queda de la chispa que salta de la llama a la noche y que se pierde en las alturas. Es la marca en el agua, la señal a punto de desaparecer del paso de la embarcación. Extraño nombre justo para una persona que intenta borrar toda huella a sus espaldas. Quizás con la misma rapidez con que intenta desprenderse de todo recuerdo, ya sus ojos no responden y no ve más allá de sus próximos pasos. Se aferra a un libro de autoayuda como única referencia.

Cuando alguien renuncia a la posibilidad de encontrar el sentido de la vida –esa experiencia intransferible- es que ya no hay vuelta atrás. La vuelta a la semilla se hace imposible, no hay pasos perdidos que conecten y la literatura es una habitación sin techo, una biblioteca sin lectores, una puerta cerrada a la que se le perdió la llave. Pero es doblemente extraño que siendo profesora de literatura no haya libros en su casa, autores que pueda mencionar, algo que le haya quedado. De nada sirve que otro te explique de qué se trata vivir. La vida no es monólogo de autor, no hay revelación séptima ni novena. No recuerda qué fue de sus herramientas, la ubicación del pozo desde donde llegaba el agua a su quinta. Me pregunto qué oficio puede ocupar el lugar de la experiencia, qué pasión -si alguna vez la tuvo- abandona porque sí a la persona.

Hay un secreto manantial en la montaña, una tierra que no es baldía porque nunca se seca. Entonces me pregunto quién realmente es y tengo que adivinarle. Tarde llegan las preguntas y sin contexto qué puedo decir... Justo lo que sería punto de encuentro en nosotros lo es de desencuentro.

Si todavía puedes escribir, pensar sobre esto, vamos por buen camino. Que después de todo, la literatura debió ser tu oficio; me pregunto qué les decías a los chicos... Y trato de escribir y trato de hablarlo, que literatura no es catarsis, ni un compost de palabras aisladas, sueltas. No psicología, si el humus epistemológico donde crecen las palabras. El gusano del queso del molinero. Vamos posibilidad siempre bienvenida de la comunicación. El puente, lo que une, el dedo de la Capilla Sextina, del arriba con el abajo, del atrás de adelante. Lo que aterra de la oscuridad es lo que no vemos. Lo que está y no se usa –como dijo el flaco- eso nos fulminará...

Si cada momento que vives se precipita a un pozo sin fondo ¿Cuándo pasen unos años más, tampoco quedarán recuerdos? Te nombro gente conocida, hablo de lo que sucede, pero no sabes... Nada es tan importante, no importaría si no distingues la canción, el cantante, el autor, el título... Pero me cuesta saber a dónde vas, o si acaso te importa, si lo sabes...

Estas palabras antes de que tus labios las suelten, esa

manera de esquivarle a esto. Todos sabemos, afuera hay soldaditos que cumplen con su función. Y el tiempo como una guillotina va separando lo que has conocido, te aleja y separa de lo leído, y me pregunto si es ahí donde te aíslas ¿Nadie sabe lo que no se ve, nadie ve lo que no se sabe? Aún espero de tu boca esa palabra.

*

Un mar metalizado se mece del otro lado de la ventana, la voz de Grace Slick me susurra con un suave fondo de guitarras. Sucede que aquí el tiempo nunca estuvo de nuestro lado, que ya ha pasado mucho tiempo y que treinta años puede con una vida. Pero aquí estamos, los derrotados, desgredados y nunca políticamente correctos. Suena Jefferson Airplane y sería el caos, el terror para los productores de hoy que domesticar la música. Así que todavía “We can be together” y más aún, alucinamos e inauguramos marchas y contramarchas para exorcizar esta época de supermercados. Más viejos, más sabios, con revoluciones abortadas, con los muertos de nuestra generación todavía a cuestas, por el asco a la Tv y la Mtv, con desprecio al mercenario rock de decadencia cadente. “Early flygh” en la mañana... aunque el sol sea una promesa de pronóstico meteorológico de ayer. Mira a tu alrededor, búscate en la mirada de los extraños, solo así te hallarás.

Pasan gentes con perros con gestos de saber hacia dónde si dirigen ¿Quién salva a los perros de los de la Sociedad Protectora?

Lo que suena ahora es Klaus Schulze ¿Cómo explicarte la música, ese poder sinérgico? Es como si una nave espacial estuviera pidiendo pista para aterrizar... acuatizar... Sentía esa pulsar repetitivo que me mantenía con los pies en la tierra cuando un sonido me sacó de frecuencia. Era una de las tablas de la habitación que vibraba con el sonido. Ella se apretó al borde del brazo y me dijo que buscaba un tatuaje... “Rael”, qué, quién le habría puesto ese sobrenombre. No podía recordarlo, pero no había dudas, lo que escuchamos es una nave espacial con todas las luces encendidas que descendía, brillante como todas las frías estrellas, distante de todo.

Llueve, llueve con gotas pesadas y frías. Una niebla espesa baja cubriendo las laderas haciendo desaparecer las montañas. Es septiembre y aquí la nieve está cayendo. La música de Harold Budd es ahora una densa masa de neblina de sintetizadores. La música baja y cubre la habitación. Un bajo amortiguado suena como cuando hay derrumbes en la ladera. Atardece y dejo de lado el libro para escribir. Creo que recién a esta altura de la vida estoy preparado para escribir. No he perdido la capacidad de concentración y eso es bueno.

Estaba en el lugar indicado, aunque era difícil de ubicarlo. Llovía o era el ruido de la catarata. El cuaderno, el cuaderno de las anotaciones de música tan esquivo de encontrar en la noche. Todo antes de que todo desapareciera, no por el simple arte de “dejar de estar”, sino porque al cambiar, volverse otra cosa, abandona la forma inicial el sentido, más que nada la forma. Me encontré en medio de la noche que no sabía si dormía, pensaba o soñaba. Sé que en esto no debe haber literatura seguramente. El estado original que me obligó a bajar las escaleras con cuidado. El que ahora me tiene acá, que empezó con forma de libro pero que a la vez pensaba con forma de estructura musical. Que a su vez comunicaban con una construcción arquitectónica de habitaciones con número.

Pero como explicarlo sin que la triste realidad lo deforme. Sin que al idiota que duerme en cada uno le alcance una explicación vulgar y simple. Era un libro, lo veía, lo tenía debajo de mis ojos, casi escribo en él pero al tocar las hojas difieren en una letra y cambia y te lleva a otro lado. Pero en vez de tomarla y dar vuelta y pasarla, se agarraba de la forma en que se toma y retira un CD con estuche; la página se levanta y al subir desplegaba una estructura compleja pero totalmente armónica, unida entre sí por -estuve contándolas- los lados de un octágono, que además pensaba como un pentágono; lo cual me hizo dudar entre bajar y escribir -ya no tenía sueño- buscar el cuaderno, o escuchar el disco de los Rolling Stones... “El pentágono” y allí es cuando la nostalgia puede entrar y contaminarlo todo (Brian Jones “cuando vean esto piensen en mí...”) Entonces volviendo al sueño: Era una estructura desplegable, hueca en su interior y que permitía ver las partes, que por los lados, los bordes, las caras del -llamémoslo pentágono- (al fin de cuentas por qué el disco se llamará así si tiene ocho lados) y cada lado o cara tenía algo escrito que no alcancé a leer, a descifrar, porque justo abandonaba lo que había estado haciendo. Que era soñar con forma de estructura musical. Al fin y al cabo nada es ocioso; se me había aparecido el tema “La Catedral” de Focus y pensé “nada tiene que ver...”, pero aquí estoy pensando en estructuras de catedrales, quizás comparando su estructura en las páginas cuyas formas se abren o despliegan, justo con ese libro que soñaba, y que antes de que se vaya podía concebir como música sin escucharla, y que a su vez eran habitaciones numeradas que siguiéndolas, por ejemplo, cada número una nota, cada tres notas un acorde, y que con una “flauta” (perdón no recuerdo como se llama esa flauta irlandesa, celta, pequeña y de metal ¿“whistle... fiddle”?), produciría una melodía que escuchada desde adentro, reconocida, indicaría lo que sucede afuera y te indica lo que debes hacer (Lo más burdo del despertar). El sonido de la lluvia persiste, el sueño se ha ido. La despiadada realidad, la cosa legislativa de la vida

ocupa su lugar. Por suerte tenemos la música y la melodía persiste. Levantarse en medio de la noche y escuchar música, la evocación de lo mismo. Qué sentido tiene considerar la música en relación al tiempo. Cuando escribo esto recuerdo que soñaba hasta hace unos instantes... hubo un tiempo en que hubo un cuaderno de anotaciones de sueños que he perdido; dejé de utilizarlo para que nada se vuelva metódico, resguardar el sentido original y ahora caigo en la cuenta... cuaderno igual, solo que de anotaciones de música conviviendo con otras páginas que quizás tengan más sentido para otros y como si todo tuviera que ver... encuentro allí notas sobre "San Jacinto" de Peter Gabriel... esa canción que no puedo dejar de sentir que capta en sí misma ese mundo antiguo, ancestral de sentimiento primitivo "de que todo tiene que ver con todo". De que todo en algún lugar se toca, punta del ala del pájaro con Jerónimo Disco Pasta, pasado con presente, hace instantes y ahora mismo, el sueño y estar despierto donde solo la lluvia persiste. Y esa frase de Rimbaud "Fulgor... extraño fulgor". Después de todo, ¿sentir no es lo más parecido a vivir? Voy a levantarme y hacerme un té, voy a escuchar música mientras afuera comienzan a cantar los gallos... ¿Cuál fue la primera frase? Que estaba en el lugar indicado...

*

Le llaman "La Plaza de los viernes", pero es un "no lugar" donde lo único ausente es el rock, sin embargo qué paradoja... aquí tocan bandas de rock. Pero no pasa absolutamente nada, no hay sentimiento, no hay actitud, mucho menos poesía o música interesante. La Dirección de Cultura ha pasteurizado el evento... Lo ausente es más poderoso que lo que suena. Sólo gente vacía, predecible, aburrida... raros pantalones y botellas baratas de cerveza. Tienen más presencia los dos policías que vigilan que toda esta suerte de "roqueros" supuestamente transgresores. Están los chicos de las patinetas con sus pequeñas mujeres, cuya sumisión se expresa en algún tatuaje o piercing, una marca más en el cuerpo. Estos chicos parecen alargar la adolescencia porque ya no saben qué hacer... Han largado el tobogán para lanzarse en patinetas. ¿Qué se puede esperar de todo esto? El evento mata lo único vivo de este lugar decadente. Me voy a ver que escribe en la pared la tribu de mi barrio... ¿o la habrá cubierto algún cartel de las elecciones?

"Quemar las naves" es el título de una serie de escritos de cuadernos, un registro sin pretensiones literarias, que respeto como expresión escrita casi "en crudo" (difícil no retocar algo al transcribir), pero tratando de mantener el sentido primero. Forman parte de diversos cuadernos que alternan escritos de música con registros históricos, datos de entrevistas con reflexiones surgidas del leer o escuchar música.

Luego de once títulos publicados, de algunos cuentos en antologías, revisar estos viejos escritos me dan la idea de largarme a escribir algo más relacionado con la ficción, una vertiente que dejó de interesarme al encontrar historias reales tan complejas e interesantes, que solo tenía que encontrar la manera de escribirlas. Estos trípticos de mi amigo Javier me hacen reconsiderar la idea de literatura pura. La literatura está llena de "guiños" para lectores que disparan el texto hacia otros mundos. Entonces es ahí cuando Sobregondi no retrocede...

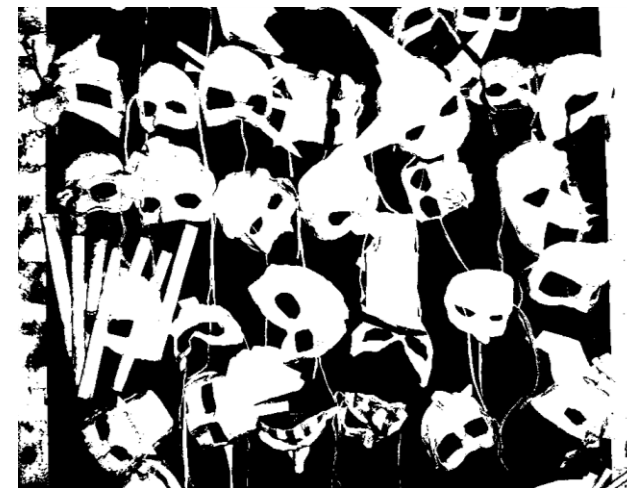
Ernesto Maggiori
Otoño en Comarca Andina



Fotografías: Galería Bariloche
Tomadas en la Fiesta Interactiva de Máscaras
Presentada por el Grupo Grumo
En julio de este año en S.C. de Bariloche

Sitio web del autor del texto: www.ernestomaggiori.com.ar

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
Nº28 - Agosto de 2014
San Carlos de Bariloche



QUEMAR LAS NAVES
AGUAFUERTES SUREÑAS
ERNESTO MAGGIORI

S. C. de Bariloche

28

Agosto 2014